

PREGÓN 1º LEVANTÁ 2001

Vicenta, Juan Anselmo, Sras. Y Sres. de la Junta Gestora, Sres. Capataces de los Tronos, Costaleros, Señoras y Señores:

Ante todo quisiera agradecer a Juan Anselmo el que me pidiera ser Pregonero de esta “*Primera Levantá*”. Bueno, no sé si agradecerse o no perdonárselo nunca. Pero si os soy sincero, me lleno de orgullo el que pensara en mí para este Acto. ¡Gracias Juan Anselmo!.

El mismo día que la Junta de Gobierno de esta Hermandad aprobó el que fuera yo el pregonero empecé a escribir en mi casa las ideas que, pensaba, quería transmitir en este pregón, pero ¿Cómo intentar siquiera parecerme a la capacidad oratoria de aquellos que me han precedido en esta tarima?; ¿Cómo encontrar las palabras que ensalcen el **AMOROSO SUFRIMIENTO** con que los costaleros de esta Hermandad Morada portan los tronos donde nosotros, los cristianos, rememoramos las estampas de la Pasión en la que Dios hecho hombre murió por nosotros para salvarnos?; ¿Cómo encontrar las palabras, digo, que puedan, no repetir si no tan siquiera imitar la de mis predecesores?

Difícil papeleta se me presenta, por lo que creo que, dadas mis limitaciones como orador, hablaré con lo que me diga el corazón que es como, estoy seguro, mejor me entenderéis.

Este acto de la *Primera Levantá* es algo más que juntarnos aquí a oír al

Pregonero, hacer el primer ensayo y tomarnos una cerveza. Esta *Primera Levantá* es el inicio de algo que para todos los que estamos aquí es lo más importante del año: **LA SEMANA SANTA**. La Semana Santa que todos vivimos intensamente, de una manera o de otra, pero que tenemos marcada en el calendario como la fecha más señalada del año.

De pequeño yo ya quería ser costalero. No lo digo porqué esté aquí ahora diciendo este Pregón, no. De pequeño quería crecer deprisa para poder ir llevando al Nazareno al Calvario, pues, Gracias a Dios, mis mayores me enseñaron a querer al Nazareno y no voy a negar ni a esconder ahora cual es mi devoción por la que me hice costalero. Por avatares de la vida y por el amor que siento hacia esta Hermandad llevaré, con éste, tres años sin poder compartir con mis compañeros el, como dije antes, **AMOROSO SUFRIMIENTO** de procesionar en la próxima noche del Miércoles Santo a Aquel que un día dio la vida por todos nosotros, pero que, Dios Mediante, volveré el próximo año, por lo que aprovecho este lugar de privilegio para pedirle a Juan, al capataz de mi trono, que cuente conmigo para la próxima Semana Santa.

Ahora quisiera, si me permitís, pedirlos a las cuadrillas una cosa: **No perdáis la ilusión nunca de ser costaleros**. No se sabe lo que es ser costalero hasta que uno no puede serlo. Ese dolor de hombro, de cuello, de riñones..., es quizás, el dolor más bonito que podemos tener en la vida. Es, posiblemente, el único dolor por el que sentimos añoranza cuando no lo sufrimos. Pero, no nos engañemos. El dolor no lo produce la madera que se nos clava. El dolor lo

produce Jesús yendo cansadamente al Calvario, lo produce la Misericordia de Dios en la Cruz, lo produce la Amargura de Nuestra Madre al ver el dolor de Su Hijo y lo produce el dolor de una Madre convertido en Esperanza de Salvación.

Por eso os digo que mantengáis la ilusión, porque creo sinceramente que es la mejor manera y la más bonita de participar del Misterio de la Pasión, y es también la mejor manera que todos sabemos de que el Paso Morado siga siendo el mejor de la Semana Santa huercalense.

Lejos queda ya aquel año en que todos nos asombramos de que unos costaleros venidos de Priego de Córdoba procesionaran al Nazareno en la noche del Miércoles Santo a hombros. No sería un buen morado si no agradeciese a todos los que apostaron por ésta, tan buena iniciativa, y en especial al que era Presidente de la Hermandad por aquél entonces, D. Baltasar Artero Pérez, que comenzó una etapa del Paso Morado que, posteriormente Juan Martínez Ballesta, Benigno Asensio Márquez, Rafael Bergillos Madrid, de nuevo Benigno Asensio, Juan Manuel Lázaro Sánchez, Juan Anselmo Sánchez Parra y la actual Junta Gestora han sabido llevar a esta actual, donde podemos presumir con orgullo de tener las mejores cuadrillas de costaleros de Huércal-Overa o, por lo menos, sinceramente y sin que nadie se moleste, en mi modesta opinión, así me lo parece.

Lejos quedan aquellos ensayos en la cochera de enfrente, lejos las maniobras para meter y sacar los tronos por la, con perdón, “*puerta del coño*” de la vieja Casa de Hermandad. Pero lejos en el tiempo, porque en mi memoria

parece que fuera ayer mismo. Mi ilusión es, cada año, mayor si cabe.

Como ya he dicho, llevaré con éste tres años sin ir debajo con vosotros en la noche del Miércoles Santo, y las dos veces que os he visto salir con los tronos a la calle me he emocionado. No sé si la emoción es por ver nuestros tronos y nuestras Imágenes en la calle como sólo vosotros sabéis hacerlo, o por la “envidia” que siento hacia ese momento mágico en que el Capataz, nervioso como todos nosotros, pide silencio..., nos vamos. Se recuerdan las órdenes, los toques, nos deseamos suerte y se nos borra la sonrisa nerviosa del rostro para convertirla en seria expresión de responsabilidad por empezar lo que llevamos anhelando trescientos sesenta y cinco días.

Y envidio el dolor que se siente cuando ya todo ha terminado, cuando ha terminado la Procesión. Y no me refiero al dolor físico. Me refiero al dolor de corazón por haber terminado lo que tanto estábamos esperando. Envidio el cómo se agradece al Nazareno, al Cristo, a la Esperanza o a la Amargura el haber permitido que otro año más carguemos con Su peso, olvidándose ya de si ha habido algún problema durante la Carrera, de si el trono parece que ha “culeao”, quedando sólo en el recuerdo el esfuerzo realizado en conseguir que, otro año más, sigamos siendo la admiración de Huércal-Overa y el orgullo de toda la Hermandad Morada.

Pero no podemos quedarnos aquí. Debemos de seguir aprendiendo, debemos de seguir sintiendo y amando el ser costalero, pero, sobre todo, debemos seguir sintiendo que lo que llevamos sobre nuestros hombros y nuestros cuellos es mucho más que madera, es el sentimiento de cada uno de

nosotros, es Dios hecho hombre que vino a salvarnos y es Su Madre, nuestra Madre.

Solo me resta agradecer a mi padre, a mi madre, a mi tío y a mis abuelos (q.p.d.) el haberme enseñado a querer a esta Hermandad y el haberme ilusionado tanto a ser costalero del Paso Morado.

Gracias, Juan Anselmo, por seguir siendo tan morado; gracias Vicenta, por tu entrega hacia la Hermandad y, gracias costaleros, por hacer sentirme, cada día, más orgulloso de pertenecer a esta familia morada.

¡VIVA NTRO. PADRE JESUS NAZARENO!

¡VIVA EL STMO. CRISTO DE LA MISERICORDIA!

¡VIVA MARIA STMA. DE LA ESPERANZA!

¡VIVA NTRA. SRA. DE LA AMARGURA!

¡VIVA EL PASO MORAO!

Gracias, y como dirían los capataces, ¡AHÍ SE QUEDO!

Alfonso Cueli Bernal.-